

ABRA-
HAM
VAL
DEL
OMAR



Hace doce años que a nuestra Lima — que vivía pendiente de los gestos desconcertantes del Conde de Lemos, asustada de sus alardes de egolatría, admirada de su talento, que, sin embargo, no siempre se atrevió a confesar, porque no siempre pudo comprender — llegó un lacónico telegrama con la trágica noticia inesperada: Abraham Valdelomar había muerto. La ciudad, escenario pequeño de su irónico teatro, se conmovió y todos, hasta los burgueses que él se complacía en epáter, sintieron la tristeza de su muerte en plena juventud. El tiempo pasa

borrando todo y a una distancia cada vez más lejana vemos la gran figura original del artista; del lírico exquisito; del cuentista admirable; del comentador original y profundo, de talento múltiple y prosa armónica y clara.

Lo grande no puede apreciarse de cerca. Por eso, ahora que el tiempo y la muerte “dueña y señora de todo lo que anima” se han encargado de dibujarnos la necesaria perspectiva, comprendemos mejor y admiramos más la obra de este artista que representa uno de nuestros máximos valores.

Sylvia.

EL CABALLERO CARMELO

Europa y San Andrés, pintoresco villorio pisqueño, están íntimamente ligados a la obra de Abraham. Desde nuestra Lima miraba siempre hacia ambas, — exotismo y amor a la tierra; refinada elegancia y campesina sencillez. Pero fué de Roma desde donde más intensamente sintió el terruño. Abraham no era de los hombres que pueden vivir solos, sin calor de afectos familiares y amigos, y desde la ciudad de los históricos recuerdos, junto con su oración a las Fuentes Romanas, vino esa maravilla del Caballero Carmelo. Era toda su alma dando el mensaje de la tierra. Pero no llegó en la alforja listada del hermano Roberto, vino a mí en una carta y con un secreto: debía entregarlo al Concurso de 'La Nación', cuyo Jurado secretariaba yo, acompañando a Don Carlos Wiese, a Don Emilio Gutiérrez de la Quintanilla y a Víctor Andrés Belaúnre. Nada tuve que intrigar para que Abraham obtuviera el Primer Premio. Honesto Jurado sin componendas, premió también a ese otro alto valor que es Antenor Orrego. Don Emilio, meticuloso y activo, había hecho un largo estudio de los trabajos. Línea a línea los había desmenuzado y casi eran tantas las que escribiera como el total de las presentadas a concurso. Don Carlos asentía, Víctor Andrés aquilataba belleza e ideas, con su verbosidad encendida y su original frasco. Yo callaba esperando intranquilo. Acuerdo unánime y cablegrama mío a Roma con toda la fraterna alegría del triunfo. Ya no tenía que guardar en secreto aquel cuento de maravilla y el Caballero Carmelo aleteó, caca-

reó e hizo la rueda, alegre y triunfal en nuestro alborotado gallinero literario. El alado caballero de las estacas afiladas, sigue cantando en emocionada armonía. Sólo ha aumentado la distancia desde la que Abraham me envía su mensaje en las tardes o en las noches en que ambulo por el campo o por los barrios viejos que tanto amaba. Pero el mensaje no tiene palabras.

Enrique Bustamante y Ballivián.

Valdelomar es demasiado complejo para que su personalidad pueda delinearse en un toque de ensayo ni en lentitud de un prolijo estudio. Cada aspecto de su arte requiere un crítico o un ensayista. Cada cuento suyo representa un libro. Sus cuentos-poemas tienen el alma delicada de Amicis y un prodigioso espíritu de naturaleza y misterio. Con la maestría del cuento futuro parecen nacidos en el país de los colores o en una divina soledad. Pronto escribiré una impresión de su poema 'La ciudad de los tísicos'. Este poema que podría firmar D'Annunzio, es la creación encantadora de una ciudad que tal vez ha existido; pero que ningún viajero ha vislumbrado. Valdelomar ha visto en sus sueños esta maravilla tenue y lánguida, donde en un aire tan callado, tan trasparente, los nobles seres que la habitan suelen el vuelo apenas estas almas de silencio sonríen tristemente, hablan en un idioma que tiene el matiz delicado de las primeras flores y miran con claros ojos el alba misteriosa de la muerte.

José M. Eguren.